

Las ciencias de la información y de la comunicación: ¿una particularidad disciplinaria?

Carlos González Domínguez*



Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar distinto de como se piensa y percibir distinto de como se ve es indispensable para seguir pensando o reflexionando

Foucault (1998: 12)

Recepción: 31 de marzo de 2009

Aceptación: 8 de diciembre de 2009

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Autónoma del Estado de México,
México.

Correo electrónico: cgdomin@hotmail.com

Resumen. Para muchos las ciencias de la información y de la comunicación no alcanzan una dignidad científica como otras disciplinas de tradición, de cuyos estatus epistemológicos parecen guardar una inmanencia científica. Sin embargo, y gracias a una permanente *vigilancia epistemológica*, toda disciplina debe actualizar sus objetos, teorías, métodos y hasta técnicas, ya que toda ciencia se debe a una historia y a proyectos humanos, es decir a las formas de problematizar los objetos de estudio. En este contexto, las ciencias de la información y de la comunicación, desde la complejidad de su episteme, no se diferencian del resto de las disciplinas de las ciencias sociales e incluso de las ciencias llamadas duras.

Palabras clave: ciencias de la información y de la comunicación, complejidad de la episteme, problematización del objeto de estudio.

Information Science and Communication: An Specific Field?

Abstract. For many people the information sciences and communication do not reach a scientific status as other disciplines. However and thanks to a permanent epistemological awareness, any discipline must update her targets, theories, methods and techniques.

In this context, the information sciences and communication, from the complexity of her episteme, are no different from the rest of the disciplines of the social sciences and even from the so called hard sciences.

Key words: the information sciences and communication, complexity of the episteme, construction of the objects of study.

Introducción

Uno de los aspectos recurrentes e interesantes en el campo de la epistemología es el problema de los límites de las disciplinas, que evidencia la poca distancia que separa a nuestras disciplinas, cada una de ellas tan defendidas por sus respectivas comunidades científicas. Proponemos pasar del asunto de los

límites de las disciplinas científicas a las limitaciones que impone esta preocupación purista. Trataremos de centrar nuestros propósitos en las ciencias de la información y de la comunicación (CIC), así en plural contrariamente a la nominalización *ciencias de la comunicación o comunicación* a secas, como suelen llamarse algunos programas oficiales de nuestras universidades en México.

Para tal desarrollo, de entrada, nos interpela el problema del concepto de disciplina científica.¹ De manera general, proponemos definir a una disciplina como una unidad de paradigmas, teorías, métodos y técnicas, todos estos generados a partir del análisis de un objeto de

1. Por esta ocasión subrayamos el carácter científico del término disciplina.

estudio “específico”.² A esta definición convencional, hemos de agregar el factor filosófico subyacente que cada disciplina soporta en algún momento de su historia. Asimismo, sumemos, justamente, el factor historicista desde el cual toda disciplina debe su emergencia y desarrollo. Con lo dicho hasta aquí, vemos que hablar de disciplina es entrar a un terreno complejo y amplio, donde el problema de delimitaciones se revela como un pretender autonomizar cada tarea disciplinaria que, tributaria de la razón, debería diferenciarse de la práctica-no-científica. La diferencia entre la práctica científica y la no-científica, la han señalado muchos autores, radica en la institucionalización de la primera que legitima el valor racional, es decir, científico de la ciencia³ (insistimos, institucionalizado y no necesariamente crítico).

Pero, ¿dónde dejamos a las filosofías y a las ciencias (en plural) como prácticas sociales que no sean las CIC? Las filosofías, muchas veces, pasan desapercibidas por las comunidades de científicos, y sin embargo comandan

el desarrollo de las disciplinas y sus efectos son enormes, pues se inscriben en proyectos de vida y por lo tanto de convivencia humana. Si vamos más lejos, las filosofías serían la “voluntad de verdad”, la cual, como lo sugiere Michel Foucault, tendría sus respectivos “juegos de verdad” empíricos (1998: 10). De este modo, las ciencias, cada una por separado y en conjunto, lo sepan o no los científicos, participan del conocimiento pero también de lo que después se puede convertir en saber,⁴ en la globalidad del conocimiento. Esto es el resultado de la interacción entre las disciplinas⁵ (o lo que es siempre deseable, su interdisciplinariedad).

Para entrar de lleno al tema que nos ocupa, ¿en qué momento entonces una ciencia es ciencia? ¿En qué momento los conceptos de información y de comunicación se vuelven objetos de ciencia? La respuesta inmediata y recurrente a esta pregunta es que las CIC surgen como consecuencia del desarrollo de los medios de comunicación, es decir en el siglo XX. Respuesta de sentido común. ¿Y qué pasaba con la comunicación que es tan vieja como el hombre en la tierra? ¿Acaso el hombre no necesitaba de una ciencia que explicará el fenómeno? Roger Bautier (1994) nos recuerda que la técnica, que fue el primer antecedente de las ciencias de la comunicación, es la retórica de los griegos del siglo IV antes de nuestra Era. A ésta no la consideraron ciencia o disciplina como nuestra concepción contemporánea, sino un arte (*tekhné*), el cual tiene el fin de saber persuadir frente a los jueces y el público. Fue Aristóteles quien sistematizó este arte que todavía en nuestros días practicamos (¿acaso por naturaleza, acaso por necesidad?). Si la retórica es una práctica comunicativa a justo título, en nuestros días, el olvido del cual es objeto se debe menos a su carácter antiguo que al interés institucional de pensar, de manera privilegiada, el fenómeno de la comunicación desde la

tecnología (los medios), antes que desde el dispositivo del lenguaje.⁶

En este contexto, basta referirnos a la lección foucaultiana sobre las *epistemes* que precedieron a las de la modernidad. Como sabemos, Michel Foucault afirma que antes de la modernidad, el hombre no existía como sujeto de lenguaje, de trabajo y de vida; es decir como sujeto de discurso, de conflicto y de riesgo. Tal “olvido” procuraba observar al hombre desde un “análisis de la finitud” (1966: 321-329). En este sentido, Foucault formula la siguiente pregunta: “¿en qué momento el hombre surge como objeto de saber?” Nos parece evidente que partiendo de este examen de Foucault y para el objeto que nos ocupa, podemos proponer la siguiente pregunta: ¿en qué momento la comunicación surge como objeto de saber? Si bien no vamos a resolver esta interrogante, nuestro interés es citarla para estimular la reflexión alrededor del desarrollo de su episteme, o mejor dicho de las *epistemes* que dan sentido al fenómeno de la comunicación en nuestros días.

En el siglo XX, es un hecho que el fenómeno de la comunicación ha tomado una importancia considerable. Pero debemos decir que se trata de la comunicación por los medios (la radio, el cine, la televisión, la prensa y ahora el internet), no así la comunicación interaccional (en la que interactúan dos o más personas en un tiempo y espacio presenciales), cuya práctica ha estado presente desde que el hombre habita la tierra. *El problema es justamente distinguir la comunicación, como fenómeno inherente al hombre, de la “comunicación” generalizada y motivada por proyectos político-económicos*, en donde los medios de comunicación (incluyendo las nuevas tecnologías), juegan un papel fundamental. Interesa entonces reflexionar, no la *comunicación tecnificada*, sino la

2. Remitimos a Gastón Bachelard (1973: 85-94).
3. Al respecto, remitimos a la clásica reflexión de Pierre Bourdieu (1991: 99-110).
4. Distinguiamos conocimiento de saber: el primero tendría una “dignidad” científica, mientras que el segundo es dóxico.
5. En efecto, disciplina puede tomarse como sinónimo de ciencia. El problema semántico entre estos dos términos se presenta en el momento en que ciencia (en singular) se toma como la globalidad de todo el conocimiento de las disciplinas o de las ciencias. Aparece aquí la problemática de los límites de las disciplinas que fragmentan el todo de la ciencia.
6. El que se conoce como “lenguaje natural”, es decir, la capacidad de hablar para producir discursos. A este respecto, remitimos al interesante estudio de Emmanuelle Danblon (2005).

*comunicación dialógica*⁷ del lenguaje humano. Y esto en razón de que un análisis de la *comunicación tecnificada* sólo demanda un aparato descriptivo que deleve proyectos políticos y económicos. De tal suerte que se trata de una comunicación puramente instrumental como da cuenta Jürgen Habermas (1993: 53-112; y 2002); mientras que la *comunicación dialógica* involucra al hombre en su totalidad, tanto biológica, política y de lenguaje en contextos culturales precisos.

De lo anterior, primera constatación: toda disciplina responde a una demanda social. ¿De quién precisamente? ¿De la sociedad en su conjunto? Para retomar el caso de la retórica, por ejemplo, los ciudadanos griegos de la *ciudad*, necesitaban aprender o desarrollar el arte de persuadir. Como en el pasado, y guardando las proporciones, hoy los políticos o todo orador público necesitan de la retórica. En este sentido, la retórica presenta un carácter transhistórico⁸ y el uso que de ella hacen los sujetos depende del contexto histórico en el que éstos se ubiquen. Por esto, ¿es pertinente considerar este arte, o en nuestro vocabulario contemporáneo, esta ciencia como sinónimo de las ciencias de la información y de la comunicación? Nuestra respuesta es positiva. La retórica, como disciplina, si se concibe como tal en el contexto histórico de nuestros días, lo es a justo título, sólo que necesita la legitimación de la institución que hoy no tiene. Lo que interesa señalar con esta referencia a la retórica es que en algún tiempo-espacio de la historia humana, la retórica fue una práctica reconocida como tal (no sin dejar de tener oponentes como Platón, cuando se trata de un uso no ético) y que lo sigue siendo de forma subyacente. Su legitimación radica en el reconocimiento de su práctica, al interior de la reflexión científica. Con esto estamos diciendo también que la retórica compite con otras prácticas de comunicación, las cuales se

desarrollan con los medios y las nuevas tecnologías. Esto implica reconocer la marcha de la sociedad (el devenir), que depende de ciertas filosofías, de ciertos paradigmas, de ciertas teorías, de ciertos métodos y hasta de ciertas técnicas (la mercadotecnia, la comunicación organizacional, la imagología, por ejemplo), que históricamente están en el juego de lo que, a veces, suele llamarse o confundirse, como “actividad científica” en el estudio de la comunicación. Basta para ello echar una mirada comparativa a las currículas de los programas, donde se privilegian ciertas materias prácticas, en perjuicio de la formación teórico-epistemológica de los comunicólogos. A esta circunstancia, hay que agregar el papel de las ideologías⁹ que se instalan en ciertas “prácticas científicas” y que participan en el desarrollo de las sociedades, acuñando vocablos tales como “sociedad de la información”, “sociedad del conocimiento o del saber”, “aprovechamiento de las nuevas tecnologías”, como si la comunicación fuese un acto social inocuo.

De este modo, es fácil notar que el problema de definición de una disciplina estriba no tanto en sus componentes epistemológicos (que en el sentido estricto serían puramente racionales a la manera de Bachelard (1973), sino en los proyectos políticos que pretenden imponerse en las acciones sociales de los sujetos y de las sociedades. Por esta condición histórica, pensamos que el problema epistemológico de las ciencias de la información y de la comunicación como “ciencias” no obedece a ciertos límites epistemológicos “naturales”, o incluso si se quiere “racionales”, sino a limitaciones sociales y políticas que inciden en su desarrollo y conceptualización dentro de la comunidad de comunicólogos. Para problematizar este primer planteamiento, proponemos no olvidar que el desarrollo de esta disciplina como práctica social se alimenta primordialmente de la formación de

estudiantes en nuestras universidades. Este aspecto es importante porque desde ahí comienzan las condiciones de generación teórico-epistemológica del desarrollo de nuestra disciplina, de cuyos efectos necesariamente se manifiestan en las prácticas comunicativas, a lo largo y ancho de la misma sociedad. Es decir que hay una correspondencia entre la forma de concebir la comunicación y su práctica en la vida de todos los días. La forma en que se enseña la información y la comunicación en las universidades es sin duda, al menos, un reflejo de una intención práctica de comunicarnos en la sociedad. Sin embargo, el efecto puede ser inverso: lo que la sociedad practica como comunicación e información tendría su

7. Nuestra distinción radica en que la comunicación tecnificada, basada en dispositivos tecnológicos no corpóreos de los interactuantes, aparece como una circunstancia histórica, promovida por una razón instrumental, para cierto desarrollo político y económico; mientras que la comunicación dialógica no necesita de un dispositivo externo que no sea el cuerpo mismo de los interlocutores que intercambian discursos.
8. Se presenta como técnica, como dispositivo del lenguaje, pero es también una racionalidad que contiene una filosofía y una ética de la comunicación. Habría que distinguirla de la práctica sofista, cuya persuasión no respeta objetivos de “interés común”, sino egoístas (es decir, no democráticos o equitativos).
9. Como puede ser justamente ciertas “ciencias” de la información y de la comunicación, cuando su interés radica en la legitimación de los procesos comunicativos e informativos, por y para la globalización (éste como proyecto político-económico). Sobre este tema, Jean-François Côté (1998) muestra claramente cómo es importante identificar el componente ideológico de lo que se entiende por “sociedad de la comunicación” y su respectivo estudio sociológico, este último debiendo estar vigilante para comprender antes que para legitimar la “ideología de la comunicación”.

respectiva manifestación en el espacio académico, aunque éste se pretenda desmitificador, racional y/o transformador. Sea una cosa u otra, es papel de la ciencia conocer en detalle el fenómeno de la comunicación y no el de reproducir ciertas prácticas comunicativas de carácter ideológico.

Con base en esta introducción y una vez que desarrollemos, más adelante, la pertinencia de llamar a nuestra disciplina *ciencias de la información y de la comunicación*, para no omitir el acto informativo que precede al de la comunicación, pasaremos a la problemática de las limitaciones que se imponen, cuando se presenta una recurrente división de las ciencias. Más adelante, de manera consecuente, veremos la necesidad de reformular no sólo la currícula de nuestra carrera al interior de nuestras universidades, sino también de criticar nuestras prácticas comunicativas, en tanto que “comunicólogos”, para aspirar a otro horizonte comunicativo con posibles rupturas históricas de convivencia y por lo tanto de sociedad.

1. Las ciencias de la información y de la comunicación

De inmediato se observa una curiosa contradicción terminológica cuando pensamos la disciplina que estudia los fenómenos comunicativos con el vocablo “Ciencias de la información y de la comunicación”. No se puede llamar disciplina (en singular) cuando nos estamos refiriendo en plural a un conjunto de ciencias que dan cuenta de los fenómenos informativos y comunicativos. Nos preguntamos si los programas oficiales en México, de manera general, han intentado no pensar,

o mejor dicho, no estudiar el fenómeno informativo que se desarrolló en los actos comunicativos. Si es así, sin duda la nominalización es correcta. Pero la sola nominalización no evita observar que en todo proceso comunicativo el componente informativo está presente. Ahora bien, puede argüirse que se omite porque se da por hecho que lo informativo se tomará en cuenta en el estudio de la comunicación. Aceptando pasivamente tal argumento no habría dificultad epistemológica. Sin embargo, cuando se le pide a un estudiante de nuestra disciplina que explique la diferencia entre información y comunicación, dos cosas suelen ocurrir: o dice que son lo mismo, o bien queda perplejo ante tal pregunta. Esta situación nos parece de suma importancia, porque si no se toma en cuenta el componente informativo en el fenómeno comunicativo se mutila el conocimiento del objeto de estudio. La limitación en el orden epistemológico está a la vista.

El acto de comunicación por sí mismo es incapaz de desarrollarse por sí mismo. Previamente se requiere de la dimensión informativa entre los sujetos comunicantes (humanos). Recordemos una definición sintética de uno de los principales fundadores de las CIC: “la comunicación es un acto y [...] la información es su producto” (Escarpit, 1981: 146). En efecto, todo acto comunicativo no puede economizar el componente informativo que lo constituye. No vamos a decir aquí, de manera detallada, de qué manera trabaja la información y la comunicación, sólo basta señalar la importancia de pensar lo informativo cuando se estudia la comunicación y viceversa. Ambos componentes, si bien para un estudio puede privilegiarse uno más que el otro, en el fondo e inexorablemente, el uno y el otro son necesarios. El investigador debe estar consciente de esto y por lo tanto no puede omitirlo en sus procedimientos analíticos. Por un lado, recordemos que

la información implica el manejo de una serie de signos (estos previamente construidos en sistemas, estructurantes y no estructurados), que pueden ser objeto de descodificación (por máquinas o por humanos), pero sobre todo de interpretación (por humanos solamente). Por otro lado, esta información, para presentarse como tal, debe pasar por un proceso de comunicación, es decir por una instancia de emisión o de enunciación (según sean las características de los signos), que den forman a los mismo signos, para alcanzar ciertos fines (funcionales o pragmáticos, el primero se desarrolla para las máquinas y el segundo para los humanos). Si los fines se logran, la comunicación se establece; o bien, si la información no logra establecer la comunicación (por ser inaudita o desconocida al receptor), al menos una reacción se tendrá en esta última instancia y, si una posible repetición acontece, la comunicación puede lograrse, no por la repetición en sí misma, sino por un proceso de institucionalización de los signos que los interlocutores se habitúan a convenir, manipular, ordenar, codificar y descodificar, interpretar. Valga esta reducción esquemática, para evidenciar la dimensión informativa de todo proceso comunicativo.¹⁰ Con esto, el vocablo “ciencias de la información” justifica su presencia en la denominación “ciencias de la información y de la comunicación”. Y sin embargo, la omisión “ciencias de la información” ocurre constantemente, cuando se evoca la comunicación como objeto de estudio.

Segunda constatación. Nuevamente el plural de *disciplinas*. “Ciencias de la comunicación” o “Ciencias de la información y de la comunicación”. Cualquiera evocación de esta disciplina (en plural) hacen referencia a ciencias. ¿Cuáles son esas ciencias? La lista puede ser exhaustiva según las necesidades: sociología, política, antropología, lingüística, literatura, estética, psicología, economía, informática, semiótica, estadística,

10. Sobre el tema de la *información* en su punto más extremo, podemos referirnos a uno de los trabajos fundadores de la cibernética: Heinz Von Foerster (1996).

los estudios de religión, los estudios sobre la salud,¹¹ por mencionar las más tradicionales y a la vez más actuales. A esta pequeña lista hay que agregar, ya lo veremos más adelante, a la biología, la demografía, la geografía, la física y la química. Efectivamente, la primera lista no sorprende, la segunda es probable. Quedándonos con la primera lista, ésta nos recuerda que la sola disciplina de la comunicación no puede dar cuenta de su objeto de estudio sin el apoyo de las ciencias citadas. De entrada tampoco lo puede hacer recurriendo solamente a las ciencias de la información (informática, matemáticas, telemática, cibernética, archivística). Aquí está el punto nodal de nuestra reflexión: en el consenso del resto de la comunidad científica (la de no comunicólogos), se tiene la concepción que las CIC tienen una particularidad disciplinaria. Para los no comunicólogos, esta supuesta particularidad es una perplejidad, pero: ¿acaso las ciencias que apoyan a esta disciplina no necesitan de otras para dar cuenta de sus objetos? La respuesta es inmediata: todas las disciplinas necesitan del apoyo de otras, ninguna es autónoma. Si se acepta esta tesis, las disciplinas o ciencias debieran de llamarse por ejemplo, ciencias de la economía, ciencias de la sociología, ciencias de la antropología. De hecho se nombra algunas veces de esta manera a las disciplinas, en casos particulares cuando las ciencias se autoreflexionan, o mejor dicho cuando los científicos las reflexionan epistemológicamente. De la antropología, por ejemplo, podemos sacar lecciones por sus orígenes y desarrollos. Basta decir que esta ciencia desde sus inicios se ha valido de la paleontología, para pensar el origen biológico del hombre. Así, se distingue una antropología cultural y una antropología física. Interesante constatación que ya no sólo involucra la invisibilidad patrimonial del hombre que es su cultura, sino también sus trazos físicos en la tierra. Y lo que es más: la comunidad de

científicos antropólogos ha tenido que desarrollar, por ejemplo, una antropología social, económica, política, religiosa, médica¹² y la lista puede extenderse.¹³ Este mismo proceso no es excepcional para la antropología, ni para el resto de las ciencias. Una genealogía exhaustiva de todas las ciencias daría cuenta de este fenómeno interdisciplinario. Llama entonces la atención, en esta reflexión, cómo ninguna disciplina es capaz de agotar su objeto de estudio por sus propios medios teórico-metodológicos. Este no es el caso exclusivo de las ciencias sociales, que moviéndose en el plano de lo interpretativo, tiene necesidad de recurrir al de la “objetivación”, en otras palabras a un cierto positivismo.¹⁴ No se trata de poner en igualdad metodológica, sino de reconocer la especificidad de las ciencias sociales. Si bien las ciencias de la naturaleza han sido el punto de inspiración de las ciencias del espíritu, estas últimas tienen que revisar constantemente sus presupuestos epistemológicos que se traducen en un trabajo de interpretación permanente (Dilthey, 1986). El movimiento dialéctico de subjetivación y objetivación de las ciencias (naturales y del hombre), merece ser recordado constantemente, cuando se trata de reconocer prácticas instrumentales de dominación (Horkheimer, 2007), con lo cual ya no sería ciencia sino poder, dominio.

Otros ejemplos que podemos invocar, a propósito de la dependencia interdisciplinaria de las ciencias, son los que nos refiere, hace ya más de cien años, Georg Simmel (1894). Uno sobre la geometría: si ésta da cuenta de su objeto de estudio, que es la forma espacial de los cuerpos, de inmediato nos damos cuenta que tales objetos sólo existen en la abstracción. Referirse al espacio como una sola dimensión es ya referirse a otras: a la de la física que objetiva la materialidad y a las matemáticas que dimensiona al objeto geométrico. Es decir que la geometría se auxilia de la física

y de las matemáticas, las cuales hacen posible la ciencia de la geometría:

[...] la geometría sólo considera la forma espacial del cuerpo que, sin embargo, no existe por sí misma, sino siempre en y con una materia, la cual es objeto de otras ciencias¹⁵ (Simmel, 1894: 500).

El otro caso es sobre la historia como ciencia, de la cual Simmel señala que ésta ha separado su objeto de estudio en diferentes ciencias (historia agrícola, industrial, social o nacional), fenómenos que no suceden por separado en la realidad, sino sólo en la abstracción. Una unificación de esta separación entonces, dice Simmel, es

11. El tema de la salud en los últimos años es interesante, porque una serie de estudios bajo una aproximación sociomédica se está ocupando de observar la íntima relación, por ejemplo, entre el componente emocional y social y el estado de salud puramente fisiológico de las personas. Aquí es evidente la interdisciplinariedad.
12. O que los médicos por ejemplo, los científicos que toman sólo por objeto a la salud del cuerpo, aislándolo de su contexto sociocultural, podrían integrar la dimensión social que omiten y que podría llamarse una *medicina antropológica*. Hablamos de objeto de estudio, no de práctica médica, aunque es obvio que las prácticas médicas son herederas de los postulados de tal o cual disciplina o interdisciplina (como podría ser justamente la de una posible *medicina antropológica*).
13. Odile Riondet (2004) propone, por ejemplo, trabajar lo que podría ser una interdisciplina: *antropología de la comunicación*. No omitimos citar a uno de los autores pioneros de esta misma propuesta: Yves Winkin (1996).
14. Remitimos a nuestra reflexión que trata particularmente la dimensión positivista en las ciencias de la información y de la comunicación: González Domínguez (2009).
15. En lo sucesivo, son nuestras las traducciones de las citas de referencias bibliográficas en francés.

necesaria para tener un conocimiento global de lo histórico:

[...] la historia en general se divide en una serie de ciencias separadas; sus objetos, en la realidad, no son datos separados: y, para obtener una representación de unidad de la historia, habría que reunir esta separación (Simmel, 1894: 503).

Vemos entonces que estamos habituados a evocar nuestras disciplinas ¡como si fueran autosuficientes teórica, metódica y epistemológicamente! La realidad es que ninguna ciencia se vale por sí misma. Las CIC no son la excepción, y sin embargo es una ciencia señalada como incapaz de tener un objeto de estudio propio y ya no digamos paradigmas, teorías, métodos y técnicas.

Llegamos al punto que nos conduce a reflexionar las definiciones de cada ciencia. Definiciones que se fundamentan a partir de sus objetos de estudio. Pero será posible definir a las ciencias respondiendo por ejemplo: ¿qué es la sociedad?, ¿qué es la economía?, ¿qué es el hombre?, ¿qué es el número?, ¿qué es la distancia?, ¿qué

es la materia?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la información?, ¿qué es la comunicación?, etc. La perplejidad ante estas preguntas no debe sorprendernos para reconocer que todas las ciencias son construcciones analíticas y no sintéticas.

Si tratamos de responder a estas preguntas, el problema es otro y por lo mismo no lo desarrollaremos aquí. Lo que interesa por el momento es que esta dificultad de definir el objeto de estudio,¹⁶ y para el caso de la “comunicación”, lejos de ser una barrera para el desarrollo de las CIC, es un desafío para la imaginación en resolver la complejidad de su episteme, que estaría todavía (como es el mismo caso de otras disciplinas) en construcción. En este sentido, vale recordar el comentario de Jean-François Têtu, a propósito de algunas afirmaciones de Algirdas Julien Greimas, uno de los pioneros de las CIC:

La actitud de A. J. Greimas sobre la comunicación es en principio muy interrogativa: ¿qué es la “comunicación”, esta “denominación insólita que no alcanza a insertarse en la nomenclatura actual de las ciencias sociales?” Sin embargo esta indecisión no sería una condenación: “la búsqueda de un nombre, lejos de señalar confusión o inconsistencia, puede ser, al contrario, la marca de su originalidad” (Têtu, 2002).

La cuestión es saber si esa “originalidad” es exclusiva de las CIC. Nuestra respuesta es no. Nos inclinamos en pensar que la originalidad o “exclusividad” de objetos de estudio corresponde sobre todo a *las disciplinas* (como construcciones teóricas), las que han emergido y probablemente emergerán. En tal caso esa originalidad sería el intento de delimitar el terreno científico de prácticas teórico-metodológicas sobre un objeto de estudio que a su vez se construye, según las necesidades sociales y políticas, en una historia que se data. La

comunidad de investigadores de las disciplinas aparece como consecuencia de esas necesidades. No hay entonces objeto de estudio que por naturaleza nos obligue a inscribirlo en tal o cual disciplina, sino necesidades de proyectos de convivencia humana, ya sean éstas de orden biológico, económico, cultural y ciertamente comunicativo.

Ante tal circunstancia, veamos cómo un intento de delimitación de las disciplinas puede encerrar un obstáculo epistemológico para el desarrollo de las mismas. Tal es el caso paradójico de las CIC que, sin poseer una serie de teorías y métodos propios para su objeto de estudio, no dejan de aportar a la comprensión del hombre. Bajo un carácter interdisciplinario, las CIC, desde siempre (véase desde Aristóteles)¹⁷, se puede decir, han desarrollado su búsqueda científica.

2. ¿Disciplina o disciplinas de la comunicación?

Ya a mediados del siglo XIX, Carlos Marx (1982: 5-33), en sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, decía que se produce no sólo un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para un objeto. Afirmación llena de enseñanzas. No cabe duda que con esta frase Marx sintetiza de alguna manera una de las implicaciones del trabajo de la ciencia: la relación entre el sujeto y el objeto, la no transparencia ontológica de esta relación entre estas dos instancias del conocimiento. No hay en este sentido, un conocimiento neutro, ni un sujeto analítico, ni un objeto inocuo. Lo que existe es la producción de una finalidad material con el objeto y en el caso de lo social una finalidad política.¹⁸ Ya lo decíamos en la primera parte de este artículo, la comunicación, después del auge de los medios de comunicación masiva, no se ha pensado generalmente como un proceso retórico. En cambio

16. El problema de la definición de la comunicación y de la información no es fácil de resolver cuando se trata de una disciplina que es tratada con muchos fines tanto científicos como ideológicos. Si optamos por los segundos, aún el problema continúa, pues habría que identificar los cuadros epistemológicos de cada perspectiva, escuela o corriente de pensamiento históricamente dados.

17. En la *Retórica* de este autor es indudable encontrar pasajes de los campos de la lingüística, de la psicología, de la política, de la ética.

18. Política, en el sentido que lo explicita Hannah Arendt, al revisar el sentido original de lo político en los griegos, véase aristotélico. Es el *zôon politikon ekhon* (animal político capaz de producir discursos), en el marco de la vida política, caracterizada por la praxis y la lexis de los hombres, es decir, un hacer juntos en acción concertada entre los hombres (2005: 39-42).

se ha pensado como una extensión del cuerpo del hombre, como un dispositivo de acción entre los hombres; no se ha pensado como un acto dialógico, justamente en el espacio público (González Domínguez, 2007) tendiente a producir sujetos que pongan en crisis el sistema, sino a ponerlos en común, sin espacio de interlocución. En este sentido, la necesidad social de dar cuenta de dichos fenómenos ha corrido a cargo de ciertas perspectivas científicas, en este caso, en una gran parte por las ciencias de la información que concibe la sociedad como un sistema. El interés por construir objetos tecnológicos, para vehicular información y establecer comunicación, se ha encargado de explicar su funcionamiento proponiendo “teorías de la información y de la comunicación”; es decir, *ha producido objetos para ciertos sujetos, sino también sujetos para esos objetos* (véase la tesis de Marx arriba referida y de la cual la Escuela de Frankfurt, como sabemos, continuó desarrollando este tipo de ideas críticas).

Efectivamente, al juego de la ciencia corresponde, explícita o implícitamente, una configuración de la sociedad y del hombre. El problema del funcionalismo y del psicologismo es que, al tratar de establecer una serie de presupuestos que explicarían el comportamiento de la sociedad y del hombre, bajo reglas *cuasi* naturales, promueven precisamente funciones de los medios de comunicación que satisfacerían psicológicamente al hombre. Es así que hemos sido testigos de cómo una producción de objetos (los medios de comunicación masiva y el ser humano como sujeto), *justifica* (de aquí la importancia de su contraparte: su desmitificación), al menos teóricamente, el comportamiento de una sociedad bajo ciertas características como la capitalista que es la nuestra.

Esta producción no pudo ser posible por el trabajo sólo de una disciplina naciente (“las ciencias de la información y

de la comunicación”), sino por la colaboración de otras disciplinas, como la que ya hemos citado en el párrafo anterior implícitamente: la psicología, la teoría de sistemas (sociología). Pero también hay que agregar la informática, la cibernética, las matemáticas, la física y ciertamente la biología. ¿Por qué la biología? No sólo la biología en sí misma, sino ésta en combinación con la psicología, ya que complementándose dan cuenta del comportamiento humano, a través de la mensurabilidad de respuestas, de mediciones químico-fisiológicas que ocurren bajo ciertas condiciones de experimentación y/o de observación. A esta labor se anexaría una cierta antropología social y un cognitivismo que pretenden calcular las posibilidades del potencial humano como objeto de aprendizaje y de cultura, pero no como sujetos históricos inestables de creatividad y de respuesta.¹⁹ En el desarrollo de estas disciplinas participa el método de la observación, cuyo origen, no hay que olvidar, se encuentra en las ciencias de la naturaleza y por lo mismo obedece a una relación entre un sujeto analítico y un objeto (supuestamente inocuo). La referencia es la experiencia de Newton para concluir la ley de la gravedad que hoy se ha convertido en modelo analítico. Este método, aplicarlo tal cual en el estudio del hombre, es un peligro epistemológico. La observación sobre el hombre (como sujeto histórico y no como individuo), lejos de implicar una objetivación, necesita de una mirada interpretativa que, por ejemplo, el cognitivismo y cierta antropología social excluyen.

3. Notas para la complejidad de la episteme en ciencias de la información y de la comunicación: “el uso de saberes”

No cabe duda que una definición de las ciencias de la información y de la comunicación presenta una complejidad

epistemológica que no puede resolverse por una sola disciplina, con la cual la comunidad de investigadores pueda proveerse teórica, metodológica y filosóficamente. Esta particularidad de las CIC es sólo aparente. La complejidad epistemológica no es exclusiva de las CIC. Si bien las ciencias llamadas duras parecen tener un objeto de estudio propio, así como un aparato teórico-metodológico más estable, no dejan de auxiliarse de otras ciencias y de otras perspectivas que estarían influenciadas por diversos pensamientos filosóficos-disciplinarios.²⁰ En este sentido, no hay que olvidar que el desarrollo de las ciencias debe ubicarse en un contexto histórico, cuyas instituciones y necesidades sociopolíticas van a impactar en la legitimación de las disciplinas. A estos factores hay que agregar las tendencias ideológicas que suelen cruzar los objetivos del trabajo científico, reproduciendo con ello la razón instrumental que Habermas (1993) señala en *Ciencia y técnica como ideología*.

De manera que sería la interrelación de las disciplinas científicas (sus conocimientos aplicados en los objetos de estudio), la que permitiría la complementación de la ciencia (en singular) como un todo. El campo de las disciplinas no es efecto natural de las necesidades humanas, sino una construcción que atiende, efectivamente necesidades

19. Véase por ejemplo la interesante reflexión a este respecto de Habermas (2001: 10-38), quien evidencia el carácter interpretativo de las acciones humanas y por lo mismo el error de método de medir objetivamente los hechos humanos. Véase también los interesantes textos de Theodor Adorno (1996: 34-43 y 133-144).

20. Recordemos que disciplinario viene de “disciplina” y que la Real Academia Española nos dice que es “Instruir, enseñar a alguien su profesión, dándole lecciones” (<http://buscon.rae.es/drae/>). Es decir se trata de ser disciplinados, acatando los cánones.

humanas, pero basadas éstas en proyectos socio-económico-políticos. En otras palabras, las disciplinas participan de visiones teleológicas o no teleológicas, para un estar del hombre en este mundo. Son los saberes científicos que tienen su aplicación para el desarrollo de proyectos sociopolíticos. Los saberes desde las disciplinas, sospechamos, no trabajan por la ciencia misma, sino por las necesidades que históricamente se presentan y que son coordinadas desde las instituciones. En este sentido, la legitimación disciplinaria para las CIC es una emergencia histórica que habría que ubicar en el control de los efectos y utilidades de los medios de comunicación masiva (finales del siglo XIX y principios del XX). Pero, ¿por qué hasta estos años, cuando desde siempre la comunicación y la información han acompañado al hombre? Ya lo decíamos al principio de este texto, las CIC de nuestros días no son el primer antecedente del estudio de la comunicación, lo es la retórica clásica cuya aportación sigue vigente. En este sentido, *la diferencia entre el conocimiento retórico y las CIC actuales radica en la problematización que se construye alrededor de su objeto de estudio*. No es el objeto de estudio que provoca la disciplina, sino que es ésta la que define al primero. Este problema, otra vez, no es exclusivo de las CIC, sino de todas las disciplinas. Recordemos simplemente el caso que describe muy puntualmente Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general*:

21. Es fácil notar que Saussure exagera en esta afirmación. No es posible observar un objeto de estudio “ya dado de antemano”; se requiere un trabajo previo de génesis perceptiva venida de diversas necesidades físico-económico-político-intelectual-cultural. Lo que en el vocabulario de Piaget sería ontogénesis de los fenómenos (1967).

22. El subrayado es nuestro.

¿Cuál es objeto a la vez integral y concreto de la lingüística? La cuestión es particularmente difícil [...] Otras ciencias operan con objetos dados de antemano²¹ y que se pueden considerar enseguida desde diferentes puntos de vista[...] *Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto*²² (Saussure, 1979: 49).

Epistemológicamente Saussure nos dice que es la disciplina la que construye su objeto de estudio. La práctica disciplinaria de las CIC centra sus esfuerzos focalizando el objeto de estudio, ya sea en los medios de comunicación masiva, ya sea en el uso del lenguaje, ya sea en la persuasión, ya sea en los efectos socio-culturales de los discursos, e incluso en los efectos psicológicos. La lista no es exhaustiva, pero ilustra cómo la comunidad de investigadores en CIC pone en práctica su labor científica, la cual no es una práctica de la ciencia por la ciencia, sino de la necesidad de resolver problemas que la disciplina impone, desde la institución, desde cierta cultura científica. ¿Acaso esta situación es diferente al resto de las disciplinas incluyendo las disciplinas duras?

Ya Michel Serres, desde los años sesenta, nos decía que la aprehensión de la realidad en el mundo griego obedeció a la persistencia de producir una correspondencia entre la realidad, el análisis y el símbolo:

El milagro griego es ese milagro, tan corriente en matemáticas, que consiste en reconocer en una forma una ideografía, un sentido o varios en un símbolo, en saber traducirlos a un grafismo descriptivo y comunicable, de manera que las dos lenguas, las dos escrituras mantengan la relación más exacta. De tal modo, se inventa una correspondencia entre un esquematismo simbólico y una característica analítica, —como, en la primera aritmética, entre las cosas y los nombres, es decir, las letras del alfabeto— (Serres, 1996: 127).

Nos ubicamos en el trabajo de reducción de la razón, en un proceso de análisis, de matematización sobre la realidad, es decir en una noesis. Un corte sobre los objetos del mundo que acaba en una práctica científica, la cual resuelve problemas de orden práctico y de orden espiritual. En el fondo, la ciencia se impone como razón instrumental y participa del proyecto o mejor dicho de proyectos humanos. Pero tal tarea de la ciencia, dejarla sin *vigilancia epistemológica*, es como dejar construir, sin ninguna crítica, la realidad como si ésta se construyese a sí misma. La ciencia no es neutra, sino participante de nuestra constitución como sujetos históricos. Así, al lado de una ciencia no crítica, nuestro margen de maniobra individual se disuelve en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu.

La obra de Georges Canguilhem (1992: 181). es un ejemplo de vigilancia epistemológica para la vida social y para nuestra vida biológica. En *La connaissance de la vie*, este autor nos dice: “[...]El hombre puede aportar varias soluciones a un mismo problema que presenta el medio ambiente. El medio propone sin imponer nunca una solución[...]”.

Estas soluciones son el trabajo de la ciencia, la posibilidad de solución a las cuestiones prácticas de la vida, desde las disciplinas científicas. En efecto, pero como tales prácticas no son *la solución*, sino apenas *una solución histórica del paso del hombre en el mundo*, Canguilhem (1992: 195), más adelante, en este mismo artículo, afirma:

El medio ambiente propio del hombre es el mundo en su percepción, es decir el campo de experiencia pragmático, donde sus acciones orientadas o a propósito, por valores inmanentes de tendencias, recortan los objetos calificadas, los sitúan unos en relación con los otros y todos en relación a él.

Es la reducción, la matematización que la ciencia aplica sobre la realidad (la conocida relación entre el fenómeno y el noema), de la que hablaba Michel Serres. Pero ¿es lógico esperar, de esta *cientificación que se fragmenta en disciplinas*, soluciones para la dualidad (natural y espiritual) de la que está hecho el hombre? Con la fragmentación disciplinaria, sin duda es posible correr el riesgo de fragmentar al hombre. A este respecto, Canguilhem nos advierte:

Las formas vivientes siendo totalidades, cuyo sentido reside en la tendencia

a realizarse en ellas en el curso de su confrontación con el medio ambiente, pueden aprehenderse en una visión, nunca en una división. Pues dividir es, en el límite, y según la etimología, vaciar, y una forma, sólo siendo un todo, no podría vaciarse (Canguilhem, 1992: 14).

Esta posición crítica y vigilante de Canguilhem y para el tema que nos ocupó aquí, nos conduce a cuestionar ciertas perspectivas sistémica de las CIC que quieren ver en el hombre (a este ser vivo), de manera reductora y fragmentada, al considerar que la comunicación es sólo

una función: acaso ¿no es una reducción al vacío del carácter vital del hombre?, ¿no es limitar, por el afán de un control, una morfogénesis del hombre que es plural y compleja como ha sido manifestado hasta hoy? Si las respuestas son negativas, pero también si son positivas, dejemos el derecho a las CIC de poder hacer cortes analíticos que nos den luz sobre la complejidad de la indefinición del objeto de estudio llamado hombre, a través de lo que llamamos *problematización desde la comunicación*, problematización abierta a la complementariedad del resto de las disciplinas científicas todas.

obre

Bibliografía

- Adorno, Th. (1996). *Introducción a la sociología*. Gedisa, Barcelona.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós, Barcelona.
- Bachelard, G. (1973). *El compromiso racionalista*. Siglo XXI, México.
- Bourdieu, P. et al. (1991). *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI, México.
- Bautier, R. (1994). *De la Rhétorique à la Communication*. Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble.
- Canguilhem, G. (1992). *La connaissance de la vie*. Vrin, Paris.
- Côté, J. F. (1998). "La Société de Communication à la Lumière de la Sociologie de la Culture: Idéologie et Transmission de Sens", en *Sociologie et Société*. Vol. xxx, Núm 1, Presses de l'Université de Montréal, Montréal.
- Danblon, E. (2005). *La Fonction Persuasive. Anthropologie du Discours Théorique: Origines et Actualité*. Armand Colin, Paris.
- Dilthey, W. (1986). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Alianza, Madrid.
- Escarpit, R. (1981). *Teoría general de la formación y de la comunicación*. Icaria, Barcelona.
- Foerster, H. V. (1996). *Las semillas de la cibernética*. Obras escogidas. Gedisa, Barcelona.
- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses*. Gallimard, Paris.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Siglo XXI, México.
- González-Domínguez, C. (2009), "Comunicación y episteme: notas para una interdisciplina", en *Memorias del XIII Encuentro Latinoamericano de Facultades de comunicación social*, La Habana.
- González-Domínguez, C. (2007). "El noticiario televisivo sirve al diálogo del espacio público. Una aproximación comparativa Francia-México", en revista *Contribuciones desde Coatepec*. Núm. 13, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.
- Habermas, J. (2001). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Cátedra, Madrid.
- Habermas, J. (2002). *Teoría de la acción comunicativa 1 y 2*. Taurus, México.
- Habermas, J. (1993). *Ciencia y técnica como ideología*. Red Editorial Iberoamericana, México.
- Horkheimer, M. (2007). *Crítica de la razón instrumental*. Terramar, La Plata.
- Marx, C. (1982). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Siglo XXI, México.
- Piaget, J. (1967). *Biologie et Connaissance*. Pléiade, Paris.
- Riondet, O. (2004). "Pour une Anthropologie de la Communication" <http://archivesic.ccsd.cnrs.fr/sic_00001135/fr/> (mayo, 2008).
- Saussure de, F. (1979). *Curso de lingüística general*. Losada, Buenos Aires.
- Serres, M. (1996). *La comunicación*. Hermes I. Anthropos, Barcelona.
- Simmel, G. (1894). "Le Problème de la Sociologie", *Revue Métaphysique et de Monde* <<http://www.ac-nancy-metz.fr/enseignement/philo/textesph/>>.
- Têtu, J. F. (2002). "Sur les Orígenes Littéraires des Sciences de l'information et de la Communication", en *Les Orígenes des Sciences de l'information: Regards Croisés*, Presses Universitaires de Septentrion, Villeneuve d'Ascq, 2002 <<http://archives.univ-lyon2.fr/187/>> (agosto, 2008).
- Winkin, Y. (1996). *Anthropologie de la Communication*. Seuil, Paris.